

BIBLIOTECA
del HOGAR
CRISTIANO

OBREROS EVANGÉLICOS



ELENA G. de WHITE

Obreros evangélicos

Elena G. de White



Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires, Rep.
Argentina.

Índice de contenido

Tapa

Aclaraciones

Prefacio

Sección I: Llamados a una vocación santa

- 1 - En lugar de Cristo
- 2 - Carácter sagrado de la obra
- 3 - El campo es el mundo
- 4 - Responsabilidad del ministro
- 5 - La perspectiva

Sección II: Ministros de justicia

- 6 - Cristo, nuestro ejemplo
- 7 - Cristo como Maestro
- 8 - Una lección para nuestro tiempo
- 9 - Pablo, el apóstol a los gentiles

Sección III: Preparación necesaria

- 10 - Los jóvenes en el ministerio
- 11 - Los jóvenes han de llevar cargas
- 12 - Educación para la obra misionera
- 13 - Los jóvenes como misioneros
- 14 - Los obreros y el cultivo de la voz
- 15 - "Procura con diligencia ser aprobado"
- 16 - El colportaje como educación para el ministerio
- 17 - Necesidad de estudiar la Biblia para ser eficientes
- 18 - Pastores jóvenes: Trabajar con pastores de más edad
- 19 - El pastor joven

Sección IV: Calificaciones

- 20 - Consagración
- 21 - Tacto
- 22 - La gracia de la cortesía

- 23 - El comportamiento apropiado
- 24 - Las relaciones sociales
- 25 - Determinación y presteza
- 26 - Cosechar los frutos - Un sueño
- 27 - Elementos esenciales para el servicio

Sección V: El ministro en el púlpito

- 28 - "Que prediques la palabra"
- 29 - Distribución del pan de vida a las almas
- 30 - La predicación de Cristo
- 31 - La justificación por la fe
- 32 - Consejos a un evangelista
- 33 - Sugerencias prácticas
- 34 - Cuidado en los modales y la vestimenta
- 35 - Oración en público

Sección VI: El subpastor

- 36 - El buen Pastor
- 37 - Ministerio personal
- 38 - Obra del pastor
- 39 - Estudios bíblicos con las familias
- 40 - Valor del esfuerzo individual
- 41 - Una división del trabajo
- 42 - La esposa del pastor
- 43 - El pastor en su hogar
- 44 - "Apacienta mis corderos"
- 45 - Oración por los enfermos
- 46 - Enseñar a los feligreses a ser generosos
- 47 - El sostén del evangelio
- 48 - Influencia de la alimentación sobre la salud
- 49 - Los pastores deben enseñar la reforma pro salud
- 50 - Cómo presentar los principios de la reforma pro salud
- 51 - El pastor y el trabajo manual
- 52 - Nuestro deber de preservar la salud
- 53 - Peligros del exceso de trabajo

Sección VII: Ayudas en la obra evangélica

- 54 - Estudio de la Biblia

- 55 - Oración secreta
- 56 - Fe
- 57 - Valor
- 58 - Cómo prepara Dios a sus obreros
- 59 - Tomar tiempo para hablar con Dios
- 60 - Nuestra mayor necesidad
- 61 - Autoexamen
- 62- Automejoramiento
- 63 - El Espíritu Santo
- 64 - Desarrollo y servicio

Sección VIII: Peligros

- 65 - Peligro de rechazar la luz
- 66 - Advertencia contra las falsas enseñanzas
- 67 - La sana doctrina
- 68 - Fanatismo
- 69 - Confianza propia
- 70 - Palabras de prevención
- 71 - Dios no hace acepción de personas
- 72 - Autorrecogimiento
- 73 - Los ministros y los asuntos comerciales

Sección IX: Métodos

- 74 - Trabajo en las ciudades
- 75 - Consejos acerca de la obra en las ciudades
- 76 - Obra médico misionera en las ciudades
- 77 - La misión urbana como escuela
- 78 - Minuciosidad
- 79 - Cómo hacer frente a la oposición
- 80 - No debe buscarse las discusiones
- 81 - Métodos deficientes
- 82 - La obra de la temperancia
- 83 - Libertad religiosa
- 84 - Nuestra actitud frente a la política
- 85 - Obra por los judíos
- 86 - Importancia de los congresos
- 87 - Menos predicación, más enseñanza

88 - Siembra y siega

Sección X: Responsabilidades de la asociación

89 - Presidentes de Asociaciones

90 - Sus ministros y los asuntos comerciales

91 - El cuidado de los obreros

92 - Casas de culto

93 - Examen para el ministerio

94 - Ordenación

95 - Reuniones administrativas

96 - Remuneración adecuada de los ministros

97 - Sabia distribución de los recursos

98 - Economía en la obra misionera

99 - Las regiones lejanas

Sección XI: Nuestras relaciones mutuas

100 - En contacto con los demás

101 - Dones diversos

102 - Unidad en la diversidad

103 - Espíritu de independencia

104 - Consideración para con quienes luchan contra dificultades

105 - "Considerémonos unos a otros"

106 - Disciplina eclesiástica

Sección XII: Palabras finales

107 - Poder para servir

108 - La recompensa del servicio

Obreros evangélicos

Elena G. de White

Título del original: *Gospel Workers*, Review and Herald Publishing Association, Hagerstown, MD, E.U.A., 1915.

Dirección: Aldo D. Orrego

Traductor: Anónimo

Diseño de tapa: Carlos Schefer

Diseño del interior: Giannina Osorio

Ilustración de tapa: Propiedad Shutterstock

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Printed in Argentina

Primera edición, e - Book

MMXX

Es propiedad. © 1957 ACES.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

ISBN 978-987-798-152-0

White, Elena G. de

Obreros evangélicos / Elena G. de White / Dirigido por Aldo Dante Orrego.
- 1ª ed. - Florida : Asociación Casa Editora Sudamericana, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: online

Traducción anónima.

ISBN 978-987-798-152-0

1. Teología Pastoral. 2. Cristianismo. I. Orrego, Aldo Dante, dir. II. Título.

CDD 253

Publicado el 30 de abril de 2020 por la Asociación Casa Editora Sudamericana
(Gral. José de San Martín 4555, B1604CDG Florida Oeste, Buenos Aires).

Tel. (54-11) 5544-4848 (Opción 1) / Fax (54) 0800-122-ACES (2237)

E-mail: ventasweb@aces.com.ar

Web site: editorialaces.com

Prohibida la *reproducción total o parcial* de esta publicación (texto, imágenes y diseño), su manipulación informática y transmisión ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia u otros medios, sin permiso previo del editor.

Aclaraciones

- Versiones bíblicas base: Reina-Valera Antigua (RV 1909) y Reina-Valera Revisada 1960 (RVR 60).
- Paginación de los libros en español: versión tapa Bordó.
- En el texto, las referencias bíblicas entre paréntesis están en los originales en inglés, pero las entre corchetes fueron agregadas por el editor de la obra en castellano.
- Los énfasis en ***negrita cursiva*** pertenecen a la autora.
- Las abreviaturas comunes significan:

p. = página

pp. = páginas

vers. = versículo/versículos

5:583 = tomo 5, página 583

- Abreviaturas libros en LECTURAS ADICIONALES:

CC: El camino a Cristo

CM: Consejos para los maestros, padres y alumnos

DTG: El Deseado de todas las gentes

EW: Early Writings

Ed: La educación

HAp: Los hechos de los apóstoles

JT 1-3: Joyas de los testimonios (tomos 1, 2 y 3)

LPGM: Lecciones prácticas del gran Maestro

MC: El ministerio de curación

PP: Patriarcas y profetas

T 1-9: Testimonies for the Church (tomos 1 al 9)

ed. *PP*: ediciones Pacific Press Publ. Association

ed. *ACES*: ediciones Asoc. Casa Editora Sudamericana

Prefacio

Esta edición revisada y ampliada de *Obreros evangélicos* no necesita sino unas pocas palabras de introducción. La primera edición (en inglés), publicada en 1892, penetró en casi cada hogar adventista de habla inglesa. Llegó a ser un libro de consejos e instrucciones muy apreciado por los pastores y todos los demás obreros misioneros relacionados con este movimiento.

Desde que vio la luz la primera edición, la activa pluma de su autora ha producido muchos escritos de vital interés para este pueblo. El trabajo dedicado a este libro se terminó después que cesaron las actividades de la autora como escritora y oradora. Representa, pues, una compilación de todos sus escritos. Es el fruto maduro de la vida de una persona a quien Dios bendijo grandemente como “mensajera” suya, para gloria de su nombre y fortalecimiento de este movimiento desde sus comienzos. Y por ello se apreciará el valor y la importancia de este libro.

Es nuestra oración ferviente que el Espíritu Santo, quien dictó estos mensajes de consejo, los grave en el corazón de cuantos los lean.

Los Editores

Sección I: Llamados a una vocación santa

“Seréis llamados sacerdotes de Jehová, ministros de nuestro Dios seréis llamados” (Isa. 61:6).

Capítulo 1

En lugar de Cristo

En todo período de la historia de esta tierra, Dios tuvo hombres a quienes podía usar como instrumentos oportunos a los cuales dijo: “Sois mis testigos”. En toda edad hubo hombres piadosos, que recogieron los rayos de luz que fulguraban en su senda, y hablaron al pueblo las palabras de Dios. Enoc, Noé, Moisés, Daniel y la larga lista de patriarcas y profetas, todos fueron ministros de justicia. No fueron infalibles; eran hombres débiles, sujetos a yerro; pero el Señor obró por su medio a medida que se entregaban a su servicio.

Desde su ascensión, Cristo, la gran cabeza de la iglesia, lleva a cabo su obra en el mundo por medio de embajadores escogidos, mediante quienes habla a los hijos de los hombres y atiende a sus necesidades. La posición de los llamados por Dios a trabajar en palabra y doctrina para la edificación de su iglesia está rodeada de graves responsabilidades. Ocupan ellos el lugar de Cristo, en la obra de exhortar a hombres y mujeres a reconciliarse con Dios; y únicamente en la medida en que reciban de lo alto sabiduría y poder podrán cumplir su misión.

Los ministros de Dios están simbolizados por las siete estrellas, la cuales se hallan bajo el cuidado y protección especiales del Ser que es el primero y el postrero. Las suaves influencias que han de abundar en la iglesia están ligadas con estos ministros de Dios, que han de representar el amor de Cristo. Las estrellas del cielo están bajo el gobierno de Dios. Él las llena de luz. Él guía y dirige sus

movimientos. Si no lo hiciese, pasarían a ser estrellas caídas. Así sucede con sus ministros. No son sino instrumentos en sus manos, y todo el bien que pueden hacer se realiza por su poder.

Es para honor suyo para lo que Cristo hace a sus ministros una bendición mayor para la iglesia de lo que son las estrellas para el mundo, por medio de la obra del Espíritu Santo. El Salvador ha de ser su eficiencia. Si quieren mirar a él como él miraba a su Padre, harán sus obras. A medida que ellos dependan más y más de Dios, él les dará su resplandor para que lo reflejen sobre el mundo.

Guardias espirituales

Los ministros de Cristo son los guardianes espirituales de la gente confiada a su cuidado. Su obra ha sido comparada a la de los centinelas. En los tiempos antiguos, se colocaban a menudo centinelas en las murallas de las ciudades, donde, desde puntos ventajosamente situados, podía su mirada dominar importantes puntos que habían de ser guardados, a fin de advertir la proximidad del enemigo. De la fidelidad de estos centinelas dependía la seguridad de todos los habitantes. A intervalos fijos debían llamarse unos a otros, para asegurarse de que no dormían y de que ningún mal les había acontecido. El clamor de ánimo o advertencia se transmitía de uno a otro, repetido por cada uno hasta que repercutía en todo el contorno de la ciudad.

A cada ministro suyo el Señor dice: “Tú pues, hijo del hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los apercibirás de mi parte. Diciendo yo al impío: Impío, de cierto morirás; si tú no hablores para que se guarde el impío de su camino, el impío morirá por su pecado, mas su sangre yo la demandaré de tu

mano. Y si tú avisares al impío de su camino para que de él se aparte... tú librate tu vida" (Eze. 33:7-9).

Estas palabras del profeta declaran la solemne responsabilidad que recae sobre aquellos que fueron nombrados guardianes de la iglesia, dispensadores de los misterios de Dios. Han de ser como atalayas en las murallas de Sión, para hacer resonar la nota de alarma si se acerca el enemigo. Si por alguna razón sus sentidos espirituales se embotan hasta el punto de que no pueden discernir el peligro, y el pueblo perece porque ellos no dan la advertencia, Dios requerirá de sus manos la sangre de los que se pierdan.

Es privilegio de los centinelas de las murallas de Sión vivir tan cerca de Dios, y ser tan susceptibles a las impresiones de su Espíritu, que él pueda obrar por su medio para apercibir a los pecadores del peligro y señalarles el lugar de refugio. Elegidos por Dios, sellados por la sangre de la consagración, salvarán a hombres y a mujeres de la destrucción inminente. Con fidelidad advertirán a sus semejantes del seguro resultado de la transgresión, y salvaguardarán fielmente los intereses de la iglesia. En ningún momento descuidarán su vigilancia. La suya es una obra que requiere el ejercicio de todas las facultades del ser. Sus voces se elevarán en tonos de trompeta, sin dejar oír nunca una nota vacilante e incierta. Trabajarán no por salario, sino porque no pueden actuar de otra manera, pues se dan cuenta de que pesa un ay sobre ellos si no predicán el evangelio.

Fidelidad en el servicio

El ministro que sea colaborador con Cristo deberá poseer una profunda comprensión del carácter sagrado de su obra, y del trabajo y sacrificio requeridos para hacerla con éxito.

No procurará su comodidad o conveniencia. Se olvidará de sí mismo. En su búsqueda de las ovejas perdidas, no se percatará de que él mismo está cansado ni de que tiene hambre y frío. Tendrá sólo un objeto en vista, la salvación de los perdidos.

El que sirve bajo el estandarte ensangrentado de Emanuel tiene a menudo que vérselas con llamados que exigen esfuerzos heroicos y paciente perseverancia. Pero el soldado de la cruz resiste intrépidamente en el frente de batalla. Cuando el enemigo lo apremia en su ataque, él se vuelve hacia la Fortaleza para recibir ayuda; y al clamar al Señor por el cumplimiento de las promesas de la Palabra, queda fortalecido para los deberes de la hora. Siente su necesidad de ayuda de lo alto. Las victorias que obtiene no le inducen a exaltarse, sino a apoyarse más y más plenamente en el Todopoderoso. Fiando en ese poder estará capacitado para presentar el mensaje de salvación con tal fuerza que haga vibrar en otras mentes una cuerda de respuesta.

El Señor envía sus ministros a presentar la palabra de vida, a predicar, no “filosofías y vanas sutilezas”, ni “la falsamente llamada ciencia”, sino el evangelio, “potencia de Dios para salud” (Col. 2:8; 1 Tim. 6:20; Rom. 1:16). “Requiero yo pues –escribió Pablo a Timoteo–, delante de Dios, y del Señor Jesucristo, que ha de juzgar a los vivos y los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina; antes, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído, y se volverán a las fábulas. Pero tú vela en todo, soporta las aflicciones, haz la obra de evangelista, cumple

tu ministerio” (2 Tim. 4:1-5). En este encargo todo ministro tiene esbozada su obra: una obra que él puede hacer únicamente por el cumplimiento de la promesa que hizo Jesús a sus discípulos: “He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mat. 28:20).

Los ministros del evangelio, como mensajeros de Dios a sus semejantes, no deben nunca perder de vista su misión ni sus responsabilidades. Si pierden su conexión con el cielo, están en mayor peligro que los demás, y pueden ejercer mayor influencia para mal. Satanás los vigila constantemente, esperando que se manifieste alguna debilidad, por medio de la cual pueda atacarlos con éxito. ¡Y cómo se regocija cuando tiene éxito!, porque un embajador de Cristo que no esté en guardia, permite al gran adversario arrebatarse muchas almas.

El verdadero ministro no hará nada que empeequeñezca su cargo sagrado. Se comportará con circunspección, y será prudente en su conducta. Obrará como obró Cristo; hará como Cristo. Empleará todas las facultades en la proclamación de las nuevas de salvación a quienes no las conocen. Llenará su corazón una intensa hambre de la justicia de Cristo. Sintiendo su necesidad, buscará con fervor el poder que debe recibir antes de poder presentar con sencillez, veracidad y humildad la verdad tal cual es en Jesús.

Ejemplos de constancia humana

Los siervos de Dios no reciben honores ni reconocimiento del mundo. Esteban fue apedreado porque predicaba a Cristo y Cristo crucificado. Pablo fue encarcelado, azotado, apedreado y finalmente muerto, porque era un fiel mensajero de Dios a los gentiles. El apóstol Juan fue desterrado a la isla de Patmos, “por la palabra de Dios y el

testimonio de Jesucristo” (Apoc. 1:9). Estos ejemplos humanos de constancia en la fuerza del poder divino, son para el mundo un testimonio de la fidelidad de Dios a sus promesas, de su constante presencia y gracia sostenedora.

Ninguna esperanza de inmortalidad gloriosa alumbra el futuro de los enemigos de Dios. El gran jefe militar conquista naciones, y deshace los ejércitos de medio mundo; pero muere de desilusión en el destierro. El filósofo que recorre el universo con su pensamiento, viendo por doquiera manifestaciones del poder de Dios y deleitándose en su armonía, deja muchas veces de contemplar en estos prodigios admirables la Mano que los hizo todos. “El hombre en honra que no entiende, semejante es a las bestias que perecen” (Sal. 49:20). Pero los héroes de Dios, poseídos de la fe, reciben una herencia de mayor valor que cualesquiera riquezas terrenas: una herencia que satisfará los anhelos del alma. Pueden ser desconocidos e ignorados por el mundo, pero en los libros del cielo están anotados como ciudadanos del reino de Dios, y serán objeto de una excelsa grandeza, de un eterno peso de gloria.

La obra mayor, el esfuerzo más noble a que puedan dedicarse los hombres, es mostrar al Cordero de Dios a los pecadores. Los verdaderos ministros son colaboradores del Señor en el cumplimiento de sus propósitos. Dios les dice: Id, enseñad y predicad a Cristo. Instruid y educad a todos los que no conocen su gracia, su bondad y su misericordia. Enseñad a la gente. “¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído?, ¿y cómo creerán a aquel de quien no han oído?, ¿y cómo oirán sin haber quien les predique?” (Rom. 10:14).

“¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies del que trae alegres nuevas, del que publica la paz, del que trae nuevas del bien, del que publica salud, del que dice a Sión:

Tu Dios reina!” “Cantad alabanzas, alegraos juntamente, soledades de Jerusalén: porque Jehová ha consolado a su pueblo, a Jerusalén ha redimido. Jehová desnudó el brazo de su santidad ante los ojos de todas las gentes; y todos los términos de la tierra verán la salud del Dios nuestro” (Isa. 52:7, 9, 10).

- * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * -

Los que trabajan para Cristo nunca han de pensar, y mucho menos hablar, acerca de fracasos en su obra. El Señor Jesús es nuestra eficiencia en todas las cosas; su Espíritu ha de ser nuestra inspiración; y al colocarnos en sus manos, para ser conductos de luz nunca se agotarán nuestros medios de hacer bien. Podemos allegarnos a su plenitud, y recibir de la gracia que no tiene límites [*Testimonios for the Church* 6:467].

Capítulo 2

Carácter sagrado de la obra

El ministro ocupa el puesto de portavoz de Dios a la gente, y en pensamiento, palabras y actos, debe representar a su Señor. Cuando Moisés fue elegido como mensajero del pacto, le fue dicho: “Está tú por el pueblo delante de Dios” (Éxo. 18:19). Hoy Dios elige hombres como eligió a Moisés, para que sean sus mensajeros, y duro es el ay que recae sobre el que deshonra su santa vocación, o rebaja la norma fijada para él en la vida y labores del Hijo de Dios en la tierra.

El castigo que cayó sobre Nadab y Abiú, hijos de Aarón, demuestra cómo considera Dios a los ministros que hacen lo que deshonra su cargo sagrado. Estos hombres habían sido consagrados al sacerdocio, pero no habían aprendido a dominarse. Costumbres de complacencia en el pecado, largo tiempo alimentadas, habían llegado a dominarlos con un poder que ni siquiera la responsabilidad de su cargo podía quebrantar.

En la hora de culto, mientras que las oraciones y alabanzas del pueblo ascendían a Dios, Nadab y Abiú, parcialmente embriagados, tomaron cada uno su incensario, y en él quemaron fragante incienso. Pero violaron la orden de Dios al emplear “fuego extraño”, en vez del fuego sagrado que Dios mismo había encendido, y que él había ordenado se empleara para este fin. Por causa de este pecado, salió un fuego de Jehová, y los devoró a la vista del pueblo. “Entonces dijo Moisés a Aarón: Esto es lo que habló Jehová,

diciendo: En mis allegados me santificaré, y en presencia de todo el pueblo seré glorificado” (ver Lev. 10:1-7).

Comisión de Isaías

Cuando Dios estaba por mandar a Isaías con un mensaje para su pueblo, primero dio al profeta una visión que le permitió penetrar con la mirada en el lugar santísimo del santuario. De repente parecieron levantarse o apartarse la puerta y el velo interior del templo, y él pudo mirar adentro, al lugar santísimo, donde ni siquiera los pies del profeta podían entrar. Se presentó delante de él una visión de Jehová sentado en un trono elevado, mientras que el séquito de su gloria llenaba el templo. En derredor del trono había serafines, como guardas alrededor del gran Rey, que reflejaban la gloria que los rodeaba. Al repercutir sus cantos de alabanza en profundas notas de adoración, temblaban las columnas de la puerta, como si las agitase un terremoto. Con labios no mancillados por el pecado, estos ángeles expresaban las alabanzas de Dios. Clamaban: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria” (ver Isa. 6:1-8).

Los serafines que rodean el trono están tan embargados de reverente temor al contemplar la gloria de Dios, que ni por un instante se miran a sí mismos con admiración. Sus loores son para Jehová de los ejércitos. Al penetrar su mirada en el futuro, cuando toda la Tierra estará llena de su gloria, el canto triunfal repercute del uno al otro en melodiosos acentos: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos” [vers. 3]. Están plenamente satisfechos con glorificar a Dios; morando en su presencia, bajo su sonrisa de aprobación, no desean otra cosa. Con llevar su imagen, hacer su mandato y adorarlo se cumple su ambición más elevada.

Mientras el profeta escuchaba, la gloria, el poder y la majestad del Señor se revelaron a su visión; y a la luz de esta revelación su propia contaminación interior apareció con pasmosa claridad. Sus palabras mismas le parecían viles. En profunda humillación, clamó: “¡Ay de mí!, que soy muerto; que siendo hombre inmundo de labios... han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”.

La humillación de Isaías era sincera. Al serle presentado claramente el contraste entre la humanidad y el carácter divino, se sentía completamente ineficiente e indigno. ¿Cómo podría declarar al pueblo los santos requisitos de Jehová?

Escribe: “Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas: y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado”.

Entonces Isaías oyó la voz del Señor, que decía: “¿A quién enviaré, y quién nos irá?”, y fortalecido por el recuerdo del toque divino contestó: “Heme aquí, envíame a mí” [vers. 4-8].

Al mirar los ministros de Dios por la fe dentro del lugar santísimo, y ver la obra de nuestro Sumo Pontífice en el santuario celestial, se dan cuenta de que son hombres de labios inmundos, hombres cuyas lenguas a menudo han hablado vanidades. Bien pueden desesperar al poner en contraste su indignidad con la perfección de Cristo. Con corazón contrito, sintiéndose enteramente indignos e ineptos para su grande obra, claman: “Soy muerto”. Pero si, como Isaías, humillan su corazón delante de Dios, la obra hecha para el profeta será hecha también para ellos. Sus labios serán tocados por un carbón encendido del altar, y

ellos perderán de vista su yo al sentir la grandeza y el poder de Dios y su disposición a ayudarlos. Comprenderán el carácter sagrado de la obra a ellos confiada, y se verán inducidos a aborrecer cuanto les haría deshonrar al Ser que los envió a proclamar su mensaje.

El carbón encendido simboliza la purificación, y representa también la potencia de los esfuerzos de los verdaderos siervos de Dios. A aquellos que hacen una consagración tan completa que el Señor pueda tocar sus labios, se dirige la palabra: Id al campo de la mies. Yo cooperaré con vosotros.

El ministro que recibió esta preparación será una potencia para bien en el mundo. Sus palabras serán palabras rectas, veraces y puras, llenas de simpatía y amor; sus acciones serán acciones justas, de ayuda y bendición para los débiles. Cristo estará presente en él, rigiendo sus pensamientos, palabras y hechos. Él se comprometió a vencer el orgullo, la codicia, el egoísmo. Al tratar de cumplir con su promesa, obtiene fuerza espiritual. Por la comunión diaria con Dios se vuelve poderoso en el conocimiento de las Escrituras. Está en comunión con el Padre y el Hijo; y al obedecer constantemente la voluntad divina, diariamente se halla mejor capacitado para decir las palabras que guiarán a las almas errantes al aprisco de Cristo.

Capítulo 3

El campo es el mundo

“Andando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, que es llamado Pedro, y Andrés su hermano, que echaban la red en la mar; porque eran pescadores. Y díceles: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Ellos entonces, dejando luego las redes, le siguieron. Y pasando de allí vio otros dos hermanos, Jacobo, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano, en el barco con Zebedeo, su padre, que remendaban sus redes; y los llamó. Y ellos, dejando luego el barco y a su padre, le siguieron” (Mat. 4:18-22).

La pronta obediencia de esos hombres en seguir a Jesús sin hacerle una pregunta, sin recibir promesa de salario, parece sorprendente; pero las palabras de Cristo eran una invitación que llevaba en sí un poder impelente. Cristo quería hacer de esos humildes pescadores, por su relación con él, el medio de sacar hombres del servicio de Satanás y ponerlos a servir a Dios. En esta obra, llegarían a ser testigos suyos, que darían al mundo su verdad sin mixtura de tradiciones y sofismas de los hombres. Practicando sus virtudes, andando y trabajando con él, habían de quedar calificados para ser pescadores de hombres.

Así fueron llamados los primeros discípulos al ministerio evangélico. Durante tres años trabajaron en conexión con el Salvador, y por medio de su enseñanza, sus obras de curación, su ejemplo, fueron preparados para llevar a cabo la obra que él empezó. Por la sencillez de su fe, por un

servicio puro y humilde, los discípulos fueron enseñados a llevar responsabilidades en la causa de Dios.

Podemos aprender lecciones de la experiencia de los apóstoles. La lealtad de esos hombres a sus principios era tan firme como el acero. Eran hombres que no desmayaban ni se desalentaban. Estaban llenos de reverencia y celo por Dios, llenos de propósitos y aspiraciones nobles. Eran por naturaleza tan débiles e impotentes como cualquiera de los que están ahora en la Obra, pero ponían toda su confianza en el Señor. Tenían riquezas, pero consistían ellas en la cultura de la mente y el alma; y esta puede tenerla todo aquel que dé a Dios el primero, último y mejor lugar en todo. Se esforzaron durante largo tiempo por aprender las lecciones recibidas en la escuela de Cristo, y sus esfuerzos no fueron vanos. Se unieron a la más potente de las potestades, y anhelaron siempre una comprensión más profunda, alta y amplia de las realidades eternas, para presentar con éxito los tesoros de la verdad a un mundo menesteroso.

Ahora se necesitan obreros de este carácter, hombres que quieran consagrarse sin reserva a la obra de representar el reino de Dios ante un mundo que yace en la maldad. El mundo necesita hombres de pensamiento, hombres de principios, hombres que crezcan constantemente en entendimiento y discernimiento. Hay gran necesidad de hombres que sepan sacar el mejor partido posible de la prensa, a fin de que la verdad reciba alas para volar a toda nación, lengua y pueblo.

El evangelio a todos los países

Por doquiera debe resplandecer la luz de la verdad, para que se despierten y conviertan los corazones. En todos los países se debe proclamar el evangelio. Los siervos de Dios

deben trabajar en lugares cercanos y lejanos, ensanchando las porciones cultivadas de la viña y yendo a las regiones lejanas. Deben trabajar mientras dure el día; porque viene la noche durante la cual nadie puede trabajar. Los pecadores deben ser conducidos a un Salvador alzado en la cruz, y debe oírse, pronunciada por muchas voces, la invitación: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Organícense iglesias, y trácense planes de trabajo para los miembros de las iglesias recién organizadas. A medida que los obreros salgan llenos de celo y amor de Dios, las iglesias madre serán reavivadas; porque el éxito de los obreros será considerado como asunto de profunda preocupación personal por todo miembro de iglesia.

Se necesitan hombres y mujeres fervientes y abnegados, que vayan a Dios y con fuerte clamor y lágrimas intercedan por las almas que están al margen de la ruina. No puede haber mies sin siembra, ni resultados sin esfuerzo. Abrahán fue llamado a salir de su patria, como portacruz para los paganos. Y sin hacer preguntas, obedeció. “Salió sin saber dónde iba” (Heb. 11:8). Así también hoy han de ir los siervos de Dios adonde él los llame, confiando en que los guiará y les dará éxito en su obra.

La terrible condición del mundo parecería indicar que la muerte de Cristo fue casi en vano, y que Satanás triunfó. La gran mayoría de los habitantes de la tierra han manifestado lealtad al enemigo. Pero no hemos sido engañados. No obstante el aparente triunfo de Satanás, Cristo está llevando a cabo su obra en el santuario celestial y en la tierra. La Palabra de Dios describe la maldad y la corrupción que iban a existir en los últimos días. Al ver nosotros el cumplimiento de la profecía, nuestra fe en el triunfo final del reino de Cristo debe fortalecerse; y debemos salir con

renovado valor para hacer la obra que nos ha sido asignada.

El solemne y sagrado mensaje de amonestación debe proclamarse en los campos más difíciles y las ciudades más pecaminosas, en todo lugar donde no haya brillado todavía la luz del gran triple mensaje. Cada uno ha de oír la última invitación a la cena de bodas del Cordero. De pueblo a pueblo, de ciudad a ciudad, de país a país debe irse proclamando el mensaje de la verdad presente, no con ostentación externa sino con el poder del Espíritu. A medida que los principios divinos que nuestro Salvador vino a ejemplificar en este mundo con sus palabras y su vida sean presentados en la sencillez del evangelio, el poder del mensaje se hará sentir. En este tiempo una nueva vida, proveniente de la Fuente de toda vida, se apoderará de todo obrero. ¡Oh, cuán poco comprendemos la amplitud de nuestra misión! Necesitamos una fe ferviente y resuelta, un valor indómito. Es corto nuestro tiempo de trabajo, y debemos trabajar con celo incansable.

“El campo es el mundo” (Mat. 13:38). Entendemos lo que abarca esta frase mejor que los apóstoles a quienes se mandó predicar el evangelio. El mundo entero es un vasto campo misionero, y los que conocemos el mensaje evangélico desde hace mucho debemos sentirnos alentados por el pensamiento de que ahora se puede entrar fácilmente en campos que antes eran de difícil acceso. Países largo tiempo cerrados a la predicación del evangelio están abriendo sus puertas, y ruegan que se les explique la Palabra de Dios. Reyes y príncipes abren sus puertas por mucho tiempo cerradas, e invitan a los heraldos de la cruz a entrar. Por cierto, la mies es mucha. Sólo la eternidad revelará los resultados de esfuerzos bien dirigidos hechos hoy. La Providencia va delante de nosotros, y la Potencia Infinita obra en conexión con los esfuerzos humanos. Ciegos

de veras deben ser los ojos que no ven la obra del Señor, y sordos los oídos que no oyen el llamado del verdadero Pastor a sus ovejas.

Cristo anhela extender su dominio sobre toda mente humana. Él anhela imprimir su imagen y carácter en cada alma. Cuando estuvo en la tierra, sintió hambre de simpatía y cooperación, a fin de que su reino se extendiese y abarcase al mundo entero. Esta tierra es su heredad comprada, y él quiere que los hombres sean libres, puros y santos. “Habiéndole sido propuesto gozo, sufrió la cruz, menospreciando la vergüenza” (Heb. 12:2). Su peregrinaje terrenal fue alegrado por el pensamiento de que su trabajo no sería en vano, sino que haría volver al hombre a la lealtad a Dios. Y hay todavía triunfos que alcanzar por la sangre derramada para el mundo, triunfos que reportarán gloria eterna a Dios y al Cordero. Los gentiles le serán dados por heredad, y los cabos de la tierra por posesión. Cristo verá el trabajo de su alma, y será satisfecho (ver Isa. 53:11).

“Levántate, resplandece; que ha venido tu lumbre, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y obscuridad los pueblos: mas sobre ti nacerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria. Y andarán las gentes a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento. Alza tus ojos en derredor, y mira: todos éstos se han juntado, vinieron a ti: tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas sobre el lado serán criadas. Entonces verás y resplandecerás; y se maravillará y ensanchará tu corazón, que se haya vuelto a ti la multitud de la mar, y la fortaleza de las gentes haya venido a ti”. “Porque como la tierra produce su renuevo, y como el huerto hace brotar su simiente, así el Señor Jehová hará brotar justicia y alabanza delante de todas las gentes” (Isa. 60:1-5; 61:11).

- * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * -

El mandato dado a los discípulos nos es dado también a nosotros. Hoy día, como entonces, un Salvador crucificado y resucitado debe ser levantado ante los que están sin Dios y sin esperanza en el mundo. El Señor llama a pastores, maestros y evangelistas. De puerta en puerta deben proclamar sus siervos el mensaje de salvación. A toda nación, tribu, lengua y pueblo han de proclamarse las nuevas del perdón por Cristo. El mensaje debe darse no con expresiones atenuadas y sin vida, sino en términos claros, decididos y conmovedores. Centenares están aguardando el llamado para poder escapar a la condenación. El mundo necesita ver en los cristianos una evidencia del poder del cristianismo. No meramente en unos pocos lugares, sino por todo el mundo se necesitan mensajes de misericordia [*Testimonies for the Church* 8:15, 16].

- * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * - * -

Los pensamientos de quien contempla el amor sin par del Salvador se elevarán, su corazón se purificará, su carácter se transformará. Saldrá para ser una luz para el mundo, para reflejar en cierto grado ese amor misterioso. Cuanto más contemplemos la cruz de Cristo, más plenamente adoptaremos el lenguaje del apóstol cuando dijo: “Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo” [Gál. 6:14. *El Deseado de todas las gentes*, p. 616].

Capítulo 4

Responsabilidad del ministro

Pablo escribió a Timoteo: “Requiero yo pues delante de Dios y del Señor Jesucristo, que ha de juzgar a los vivos y los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina” (2 Tim. 4:1, 2).

Esta solemne recomendación a un hombre tan celoso y fiel como Timoteo, es un fuerte testimonio de la importancia y responsabilidad de la obra del ministro del evangelio. Emplazando a Timoteo ante el tribunal de Dios, Pablo le pide que predique la palabra, no los dichos y costumbres de los hombres; que esté listo para testificar por Dios cuandoquiera que se le presente la oportunidad: ante grandes congregaciones y círculos privados, al lado del camino o del hogar, a amigos y enemigos, en seguridad o expuesto a penuria y peligros, oprobio y pérdida.

Temiendo que la disposición mansa y acomodaticia de Timoteo lo indujese a rehuir una parte esencial de su obra, Pablo lo exhortó a ser fiel en reprender el pecado, hasta en reprender vivamente a los que fuesen culpables de graves males. Sin embargo, había de hacerlo “con toda paciencia y doctrina” (2 Tim. 4:2). Había de revelar la paciencia y el amor de Cristo, explicando y reforzando sus reprensiones por las verdades de la Palabra.

Odiar y reprender el pecado y, al mismo tiempo, demostrar compasión y ternura por el pecador es una tarea difícil.